

Pastel sin dueño

Samantha Pachuca

“Despierta mi bien, despierta, mira que ya amaneció, ya los pajaritos cantan, la luna ya se metió”, así se acaba el cuatro de abril cada año, con lágrimas en los ojos y todos conmovidos.

Antes que todo, el día empieza sin conmemorar el significado de la fecha, pero mi madre nos recuerda que ese día Marta cumpliría sus treinta años. Es una sensación agridulce, dolorosa, pero agradable, todo a la misma vez porque ella no estaría presente en su celebración.

Después de acabar el día de trabajo, regresamos a la casa de mis padres para estar unidos y preparar una cena que le encantaría a Marta. En la estufa está cocinándose una olla de pozole blanco y el aroma llena la casa. Le ayudo a mi mamá a preparar: cebolla, lechuga, rábanos y limones. Mis hermanos, ocupados con otras actividades, esperan que llegue mi padre; por fin llega con el pastel dentro de una caja blanca de cartón.

Nos sentamos a comer y mis padres empiezan a platicar de Marta; recuerdan lo difícil que fue el embarazo para mi madre. Ella había sufrido mucho, hasta casi costarle su vida, pero sí, mi madre hubiera dado su existencia por Marta. Mi padre, con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta, cuenta cómo veía a las dos sufrir, y por tanto que quiso, no podía hacer nada para ayudarlas. Él se sentía fracasado, inútil, decepcionado por la desgracia en que se encontraba. Fue un momento extremadamente afanoso y complejo para mi padres.

Marta, ¿qué culpa tenía? No tenía la capacidad de prestar atención y comprender lo que estaba sucediendo. Vivió en este mundo por sólo unas horas, pero forma parte de mi familia; Marta le brindó a la familia su espíritu. Nunca la olvidaremos, y aunque no tuvimos oportunidad de reír con ella, tomar fotos de familia, compartir todo lo bueno y lo malo de la vida, ni verla formar su propio linaje, no estaríamos completos sin ella.

Después de comer, sacamos el pastel blanco de tres leches; encima tiene azúcar glaseado en forma de rosas rojas y rosadas en las esquinas. Escrito en el centro dice: “Feliz cumpleaños, Marta”. Con una sola vela prendida, le cantamos las mañanitas, y mi madre siempre tiene el honor de apagarla. Se corta el pastel, lo comemos con gusto de acabar el día en memoria de mi hermana mayor, Marta.